

“Abandono”

Nada. Ocupar el vacío por un tiempo. Sin saber que es eso, el tiempo. Un accidente. No lo sabe. No tiene ni idea. Ni tú. Pero él llora. Lloro y se mueve. Lloro por dentro, y se mueve. Tú no sabes qué es eso. Él camina como si supiese a dónde va. Pero cree que no cree que haya un adónde. Parece perdido, pero no se muere. Vive como si nada existiese. O como si todo lo que existe: lo infinito, lo inabarcable, un todo demasiado magno para ser pensado... se resumiese en la esfera de mierda esa que hace el escarabajo pelotero africano y que arrastra durante días para impresionar a alguna hembra. Quizá te parezca gracioso, o tu paternalismo reparta ternura para el resto de bichos que cohabitan con tu especie, triste hombre.

Dicen que para alcanzar su objetivo, tras hacerse con su parte del pastel de heces, y esculpir una bella bola, el coprófilo coleóptero huye despavorido. Se aleja a toda hostia del enorme y pestilente montón de estiércol, pues en cualquier momento aquel punto caliente puede estallar y convertirse en una batalla encarnizada con otros muchos machos por el preciado botín.

Corre, sal corriendo. Contigo tu obra maestra y allí la que puede convertirse en el amor de tu vida. No te detengas.

Cuentan que no se detiene. Quiere seguir existiendo y parece consciente de que la línea recta es el trayecto más corto entre dos puntos. Si cae la noche y el cielo es raso, los débiles ojitos del acorazado Romeo serán más que suficiente para detectar el más tenue haz de luz de la Vía Láctea, y conseguir así no perder el rumbo. Tú nunca has visto la Vía Láctea. No existe en la ciudad. Hay que ser de campo, de sabana sin tilde o de desierto para saber de lo que hablo. Aún así, nunca veríais el mundo desde la misma perspectiva. Tú comes mierda sin desearlo y él hubo un tiempo, en el que incluso era considerado sagrado por los tuyos.

Sin embargo, nada. Eso es todo. No sé si sabe que existes. Ni sé si sabes que existe. No sé realmente si existo. O si soy tú. O si uno de nosotros dos somos el escarabajo pelotero. En cualquier caso, no te detengas.

He dicho: no te detengas. Puede que no encuentres sentido a mis palabras y que quieras dejar de leer para dedicar a otra cosa los ridículamente crueles segundos que escupen los relojes que habéis inventado. Pero es probable que no haya nada con más sentido ahora que este preciso instante. Voy a robarte un trozo de vida, pero quiero que creas que sólo han pasado dos o tres segundos, como cuando sueñas mientras duermes. O como cuando duermes para no sentir como tus sueños de verdad van muriendo.

Hablemos de él. Es mi único objetivo, y juro que si algún día descubro lo que son los días y me descubro en ellos a mi, querré haber cumplido mi misión con éxito: Hablarte de él, y de ello. De lo bello que es no conocer y a pesar de todo creer *conocello*.

Es sus pies descalzos. Tiene poco más que un pantalón raído, una camiseta con lamparones, una

barba rala y sucia y unos ojos color espejo. Una vez fue amigo del amigo de un amigo del padre de tu amigo. No está tan lejos como crees, y quiere seguir existiendo. Voy a llamarlo Abandono, para no gastar demasiados pronombres, y porque seguro que si él me leyese, y el orgullo fuese algo, estaría orgulloso de tener un nombre que alguien conozca. No creo que me lea. Abandono es un hombre, pero no vive con ellos. Ya no. Abandono podría ser ella. Es un hombre lejos de todo género, Abandono es él, pero podría ser ella.

Hace mucho que habita bajo un puente, en una casa hecha de basura. No se compadece y parece no padecer. Toma el sol desnudo en un descampado próximo, sobre un colchón y dos puertas. Cuando puede, come el pan que tú no quieres. Duerme cada día la siesta. Y lee cosas. Pero son libros que nadie recuerda. No tiene para tabaco. Pero respira humo. Por la noche cuenta coches desde que la vía pecuaria es autovía y las ovejas perdieron sus escasos derechos sobre la hierba que pisaban. Abandono fue un bebé deseado. Sería alimentado, bautizado, educado, amado, contratado, respetado, hasta que el destino lo convirtiese en lo que es hoy, Abandono. Sin él, nada sería lo mismo. Sin él y toda la basura que lo acompaña, tu ciudad parecería un campo de exterminio de colchones y puertas. Sin él, no sabrías lo que es no ser tú. Aunque dudo que realmente lo sepas. Estás en ti, sólo en ti. Borracho de ti, comatoso de ti. Perdido en ti. Desconocido para ti, en verdad. No sabes siquiera qué eres tú. Inconsciente. Cosas. Algo hizo algo como explotar. Expandirse y llamarse Universo. Pedazos de materia que ni vuela, ni se cae, ni flota. Está. O no. Pedazos de materia que se mueve. Surgió la vida porque tú la piensas. Eres la cianobacteria que mediante fotosíntesis oxigénica, creó la atmósfera. Gracias a ti, Abandono puede respirar. Hoy, humo.

Es primavera. Son las ocho de la tarde menos cuarto en punto bajo el puente de Abandono. Puedes estar seguro de dicha precisión. Un día se atusó el pelo con una delicadeza tosca, usando como peine esos deditos que parecen tornillos de rueda de camión, y le quedó una raya en medio que posteriormente fue tomada como referencia, para construir el meridiano que dice la hora. Lleva todo el día sin comer. En el Congreso de los Diputados aún no han discutido ese punto, porque no han tenido noticia por el momento, de que Abandono, hoy, aún no ha probado bocado. Abandono tampoco lo sabe todavía, la relación entre su estómago y su cerebro cada día es más fría, apenas se hablan ya.

Se ha sentado sobre una taza de váter a contemplar esta única puesta de sol. No es la primera vez que disfruta de dicho regalo. Puede que no sea la última. Tiene entradas para mañana también. El váter y él se conocieron en una urbanización que nunca llegó a ser habitada por los tuyos. Abandono estuvo un tiempo pensando en ocupar uno de esos agujeros cuadrados. Pero su nido es más cálido. Y supo darse cuenta a tiempo de ello. Tú no te has dado cuenta. Los muchachos del barrio no te llamaban loco, por eso no has podido darte cuenta. Tú no ves puestas de sol. Eso no existe en la ciudad. Hay que ser de monte o de playa para saber de lo que hablo. Y si alguna vez te hablaron de

ellas, nunca pensaste presenciar una, sentado en el váter. Los váteres que conoces viven en cautividad, son blancos o de colores pálidos. Muertos. Y como tú, comen mierda sin haberlo elegido.

Se hace saber, de parte del señor destino, que no has de perder la esperanza, si sueñas con un astro vespertino. Abandono no acapara. Él comparte su camino. Con hormigas, mirlos negros, conejos, vil pero digamos que inconscientemente, atropellados y hasta grillos en verano. Aún así, queda espacio para alguno de los tuyos. Pero hoy, ahora mismo, no interrumpas. Este instante es sólo y exclusivamente de Abandono y de su váter teñido por el desgaste de muchos atardeceres. Puede sentir la luz y el agradable calor gratuito que proporcionan los últimos rayos del día, penetrando su piel como el millón de saetas que atravesaron al último anónimo moro que luchó hasta su suspiro final por Granada, sabiendo que era muerto de un modo injusto pero inconmensurablemente poético. ¿Qué es poesía? Este momento. El crepitar de las hojas del invasor eucalipto que con cada corriente de aire toca una pieza única e irrepetible, sólo para Abandono. La rubicunda cresta de esa abubilla. La estúpida, por ser aparentemente aleatoria, trayectoria del saltamontes. El níspero desverdeciéndose más y más por día. Mañana se podrán comer, sin tener que escupirlos luego.

Abandono tiene sol, y de repente, hambre. Un hambre que empieza nublándole la vista, y que va retorciendo su entendimiento más y más por cada latido que su corazón extiende. Tranquilo, hoy Abandono seguirá existiendo. Para ti. Y porque el sol no quiere dejar ir a su último seguidor, todavía, porque es consciente de que ahora no es más que un dios venido a menos. Pero hubo un tiempo, en el que era toda una estrella. Admirado, temido, adorado, reverenciado. Un egipcio, un día, observó como un bicho negro, empujaba una inmensa pelotita de caca. Por la entrega del animal, pensó que la importancia de su misión equivaldría a la del dios que empujaba el sol una y otra vez a través del firmamento. El escarabajo pelotero, se pasaba la vida rodando junto a un montón de desechos, lo que bien pareció a aquel hombre una hermosa metáfora del dios y su soldador de vida. Desde aquel día, lo que nadie quería y lo que todos adoraban, caminan de la mano.

Él quiso ser ingeniero de caminos, formarse para crear nuevas vías de comunicación. Para conectar puntos de este mundo al que muchos llaman mundo. Es algo así, pero no tiene diplomas de ninguna universidad. Inventa caminos pero los recorre casi solo. Es anarquista convencido. No cree en el sistema. Se sentía más solo dentro que fuera. Pero ahora tiene hambre. Mucha hambre. No tiene tele. Pero intuye que algo está pasando. Se ha vuelto hartos difícil conseguir comida en la puerta trasera de los supermercados. Los tuyos, han decidido cerrar bajo llave aquello que no les vale, que no quieren, no vaya a ser que sea útil para otros, no vaya a ser que otros lo quieran. No lo van a tener sin pagar por ello. Con tiempo de su vida, con fuerza de trabajo. El trabajo, el hombre trabaja. Exige trabajo. Necesita trabajo. Para comer, para vivir, para sentirse útil. Para creer que su

existencia tiene sentido. Para creer que cree que hay un adónde. Porque levantarse... y no saber qué hacer con el tiempo... comer, dormir, reproducirse y no tener algo con que rellenar los espacios, debe doler en el alma. Y si unos pocos dicen ser dueños de toda la tierra y sus tomates, y tú lo aceptas, automáticamente se convierten en dueño de ti, de tu voluntad. Trabajarás su tierra, para comprarles sus tomates. Para comer, para vivir y rellenar los huecos recogiendo los tomates de otro. Abandono, no quiere tierra, no reconoce propiedad alguna, ni reconoce como suyos sus pocos efectos personales. Son accidentes, como él mismo. Como todo. Un maravilloso pero fortuito accidente.

A estas alturas seguro que aún recuerdas al escarabajo pelotero, Abandono no es distinto. Vuelve de cuando en cuando a donde todos los tuyos viven, busca entre montañas de basura lo que para él son tesoros. Después de un rato, abrazado a un montón de lo que para ti son inútiles objetos, emprende la vuelta a su puente. No corre, pero huye despavorido. Tiene miedo de otros hombres. Ha visto el alma de muchos, y sabe de lo que son capaz. Quiere estar solo. Suele ser de noche. Pero de tu barrio a su puente no hay lugar dónde se vislumbre Vía Láctea alguna, apenas puede verse el Cinturón de Orión, y muy pocos sabrían reconocerlo. Por eso Abandono pierde su rumbo siempre. Deambula. Es vagabundo. Y lo que en línea recta el escarabajo recorre presto, a Abandono le cuesta la vida. Un buen rato. Pero no importa. No tiene princesa escarabaja a la que entregar nada. No divide el tiempo en ratos. Cuenta sólo ocasos y le parecen ya infinitos. A pesar de ello, quiere seguir existiendo. Algo le mantiene aquí, naufrago sobre este vater, amigo suyo. La escena es digna de éxtasis. Ese estado de plenitud en el que la nada lo contiene todo. La mirada de Abandono es lágrima de amor. Es cordura incomprendida. Desde el día en que llegó a la conclusión de que las palabras son demasiado vacías para comunicarse, no habla casi nunca. Pocos han intercambiado ruidos con él, desde entonces. Muy pocos han vuelto a fijarse en ese hombre. Nadie quiere que exista. Pero sin él, nada sería igual.

Acaba de tragar saliva seca. Tierra del Sahara, parece. Tan fina que rasga poco a poco su garganta. De una forma tan sutil que Abandono sólo apreciaría la sed que tiene, si osase abrir la boca. Lo que no deja de golpear su calma es el hambre. Piensa, Abandono, piensa. En cualquier cosa menos en ese hambre que te da calambres y que otros ignoran. Ignórala tú también. Sueña.

Abandono sueña a veces, cuando recuerda lo que fue, antes de ser lo que es. Entonces soñar era válido. Era lo normal. Lo que daba sentido. Lo que te hacía moverte. Sabías que te movías porque soñabas con llegar. Había metas, objetivos. Y posibilidades para alcanzarlos. Sólo había que aceptar. Que dejarse llevar. La fuerza que te arrastraba era incomprensible, y el camino parecía la cama de clavos de un faquir a veces. Pero había momentos en los que todo se volvía perfecto. Fácil. Deseable. Abandono recuerda a sus padres, le colmaron de atención desde pequeño. Recuerda primeros besos. Recuerda un perrito que tuvo. Recuerda el último abrazo a su última abuela.

Recuerda los consejos de gente que había conocido un mundo más viejo. Recuerda con fotográfica exactitud el día en que aprendió a atarse los cordones, y el día en que aprendió a montar en bicicleta sin ruedas chicas. Sin embargo, no recuerda el día de su nacimiento. Ni tú el tuyo. Sabe que el sol ya estaba, porque se lo han contado. Y sabe que cuando llegó, tenía menos de lo que ahora tiene. Todo por hacer, nada hecho. Qué dulce son los recuerdos, que ahora parecen sueños.

Jamás había pensado en el final de todo aquello, igual que ahora no pensaba en que la vida tuviese fin. Pero de algún modo, lo tendría. Y en el vigésimo séptimo trago de saliva seca, se preguntó cómo acabarían sus días. Sonrió. Respiró profundo, sin apartar la vista de la gigantesca bola de fuego que amenazaba con apagarse, en el momento más inesperado, para siempre. Que su hambre era una sensación física, era algo indiscutible. Sentía que su alma, o lo que fuese que animaba ese estropeado saco de piel y huesos, estaba saciada. No tenía ni un papel de magdalena. Tú. Tú tiene más de lo que necesitas. No eres el mal personificado. No sabes lo que eres. No sabes si quieres saberlo. No sabes que no lo sabes. Sólo existes. No te cuestionas nada. No lo necesitas. Existes. Ya está. No importa de qué forma. No hay hambre que arranque profundas reflexiones o delirios en ti. Comes, duermes, te reproduces y rellenas los espacios. No has visto al sol esconderse, ni asomarse. Ni has cantado con el aire, ni bajo la lluvia. Abandono sí. Aunque tenga hambre. Aunque duela. Aunque pienses que todo lo que él puede disfrutar sea para nada. Que sólo ocupa el vacío por un tiempo. Sin saber que es el tiempo. No lo sabe. No tiene ni idea. Ni tú. Pero él llora. Lloro de paz y se mueve. Lloro de paz por dentro, en calma, y se mueve. Tú no sabes qué es eso.